

## **Sociólogos e historiadores. Gramsci y la historia argentina: el concepto de revolución pasiva**

Jorge Sgrazzutti<sup>(\*)</sup>

### **Resumen**

En el presente artículo se busca reflexionar sobre las categorías gramscianas utilizadas para analizar momentos fundamentales de la historia argentina de los siglos XIX y XX por obra de sociólogos que buscaron dar respuesta a algunos de los problemas de interpretación historiográficos que han generado y siguen generando debates en torno a procesos claves como ser la formación de la unidad nacional y la resolución de la crisis que se abre a partir de 1929, en el que las formas de dominación dan paso a momentos de reconfiguración de diversas relaciones. El recurso a los conceptos que Gramsci desarrolló en la cárcel, se convirtieron en herramientas que trataron de cubrir los baches que la investigación -hasta dichos momentos- no había podido superar. Un repaso sobre la producción de Waldo Ansaldi y de Murmis y Portantiero, contribuirá, además, a señalar algunos lineamientos de interpretación que en la actualidad perviven.

**Palabras clave: Organización nacional; Revolución pasiva; Cesarismo progresivo; Peronismo; Hegemonía**

**Sociologists and historians. Gramsci and Argentine history: the concept of passive revolution**

### **Abstract**

This article seeks to reflect on the Gramscian categories used to analyze fundamental moments in Argentine history in the 19th and 20th centuries by the work of sociologists who sought to provide answers to some of the historiographic interpretation problems that have generated and continue to generate debates around key processes such as the formation of national unity and the resolution of the crisis that began in 1929, in which the forms of domination give way to moments of reconfiguration of various relationships. The recourse to the concepts that Gramsci developed in prison, became tools that tried to cover the potholes that the investigation -until then- had not been able to overcome. A review of the production of Waldo Ansaldi and Murmis y Portantiero will also contribute to pointing out some interpretation guidelines that still survive today.

**Key Words: National organization; Passive revolution; Progressive Caesarism; Peronism; Hegemony**

---

<sup>(\*)</sup>Doctor en Historia Contemporánea por la Universidad de Zaragoza; Rector del IES N° 29 “Galileo Galilei” (Pcia. de Santa Fe), Profesor Titular Cátedra Historia de Europa IV, Facultad de Humanidades y Artes y Presidente del Centro de Estudios de Historia Europea de la Universidad Nacional de Rosario. E-mail: [jorge.sgrazzutti@gmail.com](mailto:jorge.sgrazzutti@gmail.com)

**Sociólogos e historiadores. Gramsci y la historia argentina: el concepto de revolución pasiva**

***Introducción***

Es un lugar común señalar que el vínculo entre sociólogos e historiadores viene de largo tiempo. Ya en el siglo XVIII era un recurso común revisar las categorías en base a determinados momentos históricos. En la época en que la historia buscó ser definida en términos científicos se apartó de todo vínculo con las demás ciencias sociales. En el siglo XX las viejas disputas parecieron superarse, a veces de manera polémica, pero casi siempre marcharon juntas la historia y la sociología.

No es la excepción en el caso argentino que durante los años '60 y '70 se entrecruzaron en combate por las interpretaciones de determinados períodos históricos y proyectos sociales, los cuales requirieron de toda la inventiva y de la capacidad analítica para poder llevar a buen puerto y superar interpretaciones canonizadas que por ese mismo hecho dificultaron la apertura hacia nuevas miradas. Las grandes transformaciones de los procesos políticos y sociales, en paralelo con una mejor formación académica y en intercambio con otros investigadores, fueron generando una renovación de las visiones del pasado en una sociedad como la argentina que, se puede decir, tiene una corta historia colectiva y cuyo contenido se reformula constantemente. Por ello también hubo que revisar el aparato conceptual. Los convulsionados años '70 generaron un momento de gran expectativa no sólo académica, sino hasta de transformación del orden vigente, favorecieron la radicalización de muchos planteos en torno a la historia nacional y latinoamericana. Pero el reflujó de las fuerzas en la segunda mitad de la década dio pie a una revisión del pasado en una clave diferente y por eso el pasado reciente se abandonó temporalmente para tratar de encontrar las respuestas al presente en la historia del siglo XIX, específicamente en el proceso de unificación nacional y en la inserción en una economía capitalista mundial en expansión.

Los paradigmas interpretativos fueron variando en los años '80 y la crisis del marxismo, producto del fracaso político socialdemócrata, del eurocomunismo y finalmente la caída de la URSS y del muro de Berlín, provocaron una modificación enorme en los modos de revisar la historia. Sin embargo, entre uno y otro momento se puede percibir que una lectura atenta de los textos de Gramsci editados como *Cuadernos de la Cárcel* fueron inspiradores a la hora de abordar un pasado que no estaba cristalizado y que necesitaba ser revisitado. Dentro de esta tradición interpretativa resulta claro que uno de los pocos intelectuales y hombres de acción que han mantenido vigencia es el que ha surgido en la periferia italiana, que desde la cárcel tuvo la posibilidad de revisar la teoría y cotejarla con los cambios que se pusieron en marcha durante el

período de entreguerras. Lamentablemente por su temprana muerte sus intuiciones no pudieron ser sistematizadas, pero su penetración muestra hoy día la vigencia de la forma de pensar las sociedades capitalistas de manera compleja y global, superando formas mecanicistas que poco aportaron al desarrollo de la teoría y de la praxis.

Por eso el artículo intenta analizar los aportes de aquellos sociólogos que decidieron buscar claves explicativas recurriendo a algunos momentos de la historia de nuestro país; y la tentación gramsciana fue una buena manera para encontrarlas. En su figura se centra por medio de la filosofía de la praxis, su crítica a una sociología dogmática recuperando el historicismo del joven dirigente italiano, siendo para él toda la acción humana *historia y transformación revolucionaria*. Es por este motivo, y siguiendo el orden cronológico, que la idea es comentar los aportes de Ansaldi sobre el siglo XIX y los de Murmis y Portantiero sobre el siglo XX, para luego tratar de realizar unos pequeños señalamientos sobre los aciertos, los errores y las posibilidades de continuar la indagación con la base conceptual que aportó Gramsci. Detrás de esta situación se considera que sigue siendo, en el campo del marxismo, uno de los autores que puede brindar luz para el análisis contemporáneo de los procesos sociales.

La idea entonces es abordar este tema en sociólogos gramscianos, lo que nos lleva a pensar dos épocas distintas de nuestra historia. Para el primer caso se pretende revisar parte de la producción de Waldo Ansaldi y su intención de analizar el proceso que va de 1820 hasta 1880 como la conformación de la nación y el Estado argentino en clave de revolución pasiva, a la manera en que en Italia se llevó a cabo el proceso de unificación conocido como *Risorgimento*.

En el segundo caso se revisará el libro clásico de Murmis y Portantiero sobre los orígenes del peronismo (siglo XX) para ver a qué elementos del pensamiento gramsciano recurrieron para explicarlo, si se observan algunos de los conceptos arracimados o si la intención de los autores se orientó a revisar otras visiones que no conformaban en los primeros años '70 un instrumental apropiado para interpretarlo de manera aproximada.

Por ello y reconociendo que la obra de Gramsci es fragmentaria y no un corpus acabado, se van a tomar algunas categorías que son de uso común, como la de *revolución pasiva* y el grupo de conceptos asociados como *hegemonía*, *guerra de posición*, *cesarismo*, *bloque histórico*, *correlaciones de fuerza*. El uso más detallado de algún concepto no deja de lado que los otros, a veces sin expresarlo, puedan contribuir a que tales categorías analíticas den cuenta de la complejidad de los procesos estudiados. A continuación se señalan los aportes de los tres autores.

### ***La creación de la Nación y del Estado argentino***

Waldo Ansaldi es un académico muy importante que ha realizado aportes novedosos a la comprensión del pasado nacional. Su estilo poético no va en desmedro de su capacidad analítica de la historia argentina. Durante varias décadas cubrió cátedras de historia argentina y latinoamericana y participó activamente en Congresos y Jornadas de historia. Y su producción bibliográfica lo muestra como un autor de lectura imprescindible. De una vieja amistad con José Aricó<sup>1</sup>, que arranca en su juventud, con quien intercambió lecturas y consejos, hizo una recuperación crítica del corpus gramsciano que, como puede verse en cualquiera de sus intervenciones, lo ha acompañado a lo largo de su vida profesional.

En el artículo que se toma como referencia en esta lectura gramsciana “Soñar con Rousseau y despertar con Hobbes: una introducción al estudio de la formación del Estado nacional argentino” (Ansaldi y Moreno, 1989: 65), señala que la crisis orgánica o de hegemonía se abre en 1806, porque no hay ninguna clase capaz de concebir la totalidad social a partir de sus intereses particulares y que otras clases o sectores sociales lo admitieran. A lo señalado agrega que tal crisis orgánica se manifiesta también en un contexto de transición de la situación colonial económica y política a la situación de independencia política y de dependencia económica con el conjunto de transformaciones globales que esto implicaba, transición que además remite a la etapa de acumulación originaria del capitalismo argentino. Ansaldi interpreta así que en esa transición se expresa una contradicción básica entre una economía que rompe con el lazo colonial y se rearticula con el mercado mundial a través de mecanismos que llevan a la constitución de una nueva situación de dependencia, con escasa autonomía y en el plano de la política donde se afirman los elementos que permiten una alta autonomía y la construcción de un Estado independiente y soberano, por lo menos formalmente.

Ya de por sí en estas ideas se puede observar la asociación de diversos conceptos y un proceso de análisis donde la complejidad de los fenómenos requiere la explicación de tal combinación conceptual. Asimismo, recuerdan los nudos históricos que Gramsci describe como tensiones acumulativas constitutivas del *Risorgimento* (Gramsci, 1974), que a través de las relaciones de fuerza en cada coyuntura dan posibilidades a una forma diferente de articulación. Pero tanto Gramsci como Ansaldi no pierden de vista la guía sobre las cuales son las clases estructurales las que trazan las líneas gruesas para formar la trama de ambas unificaciones. A su vez, este último anota la simultaneidad de las dos y en base a características similares, las pretende asociar.

Está claro que lo que trata de explicar es el fenómeno de la unificación territorial y la conformación del Estado nacional en la larga duración. Desde la crisis abierta con las invasiones inglesas y la movilización de los ejércitos criollos en defensa de la ciudad, pasando por cuatro

---

<sup>1</sup> Entrevista a Waldo Ansaldi (Burgos, 2004).

etapas hasta 1880, cuando se produce la integración definitiva del Estado, según veremos más adelante. Este proceso lo lleva a señalar cada momento con sus cuellos de botella (nudos) y las resoluciones que se van proponiendo sobre la marcha. A su vez como no hay una clase propietaria que abarque y contenga el conjunto del territorio definitivo, se producen repliegues temporales para ir conformando una estrategia de ampliación de la zona de influencia desde Buenos Aires al resto de las provincias. Resalta en su análisis que el centro porteño y los propietarios de tierra, emparentados entre sí, serán el núcleo que tratará de buscar la conformación de un Estado subordinado a sus intereses.

El modo en que Ansaldi ordena el ciclo de la organización nacional culminando en la conformación del Estado unificado, resulta atractivo porque no cae en explicaciones monocausales sino que va articulando desarrollos económicos con procesos políticos y con la consolidación de las clases sociales en un marco de referencia amplio y contradictorio. Para sintetizar su explicación se pueden señalar las siguientes etapas del proceso que recorre casi todo el siglo XIX. La primera es la que arranca con las invasiones inglesas de 1806 y se extiende hasta la crisis del virreinato en 1812, etapa caracterizada por romper con el orden colonial, lo que se traduce en la crisis de la dominación colonial y la desintegración del bloque ideológico representante de tal orden, sin embargo, no logra articularse hegemónicamente un nuevo núcleo que lo reemplace. Si bien el proceso revolucionario abierto en suelo americano invita a romper con la metrópolis, este proyecto no se lleva a cabo. Una vez promulgada la independencia de España, comienza así la segunda etapa. A pesar del empuje y aliento que significó para los pueblos de América, se produjo la crisis del año 20, postergándose una vez más un proyecto común de unidad.

Esta nueva etapa va desde 1820 hasta 1853, con la caída de Rosas. La dificultad para articular un proyecto unificador del territorio del ex Virreinato, aún cuando se planteara un Estado central, y la variedad de conflictos con las provincias postergó la integración de todo el territorio. Sin embargo hubo momentos en que Buenos Aires representó los intereses “nacionales” ante las potencias extranjeras. No obstante, los sectores propietarios bonaerenses y de algunas provincias fueron consolidando su poder en amplias regiones, permitiendo durante ese tiempo que los proyectos no pudieran confluir en una salida unificadora. Los celos y prejuicios mutuos complotaron contra el proceso de unificación; por otro lado, el desarrollo de economías regionales fue generando la estructuración de clases propietarias que ejercían influencia y actuaban con un grado de autonomización, situación que se acentuó con la derrota del rosismo. Algunos movimientos de desarrollo capitalista y de acumulación originaria en la zona litoraleña, dieron un perfil organizador al futuro Estado, pero recién con la resolución del

tema de la construcción de la hegemonía porteña se puede indicar el comienzo de una nueva etapa.

Esta, la cuarta según el autor, es la del momento de la organización definitiva del Estado nación, período que se extiende de 1860/62 a 1880, con el sometimiento del interior a los dictados de Buenos Aires, queda consolidada definitivamente la unidad territorial y estatal, cumpliendo en su criterio, la misma función que Piamonte. Así lo señala:

“...el Estado interviene para potenciar (extender) las relaciones de producción capitalistas, a despecho de los límites de la propia clase que detenta el poder provincial (...) El debate en torno a ese uso del poder estatal puede servir para explicar la fractura del liberalismo porteño-bonaerense en los ‘60. He ahí, entonces, al Estado de Buenos Aires desempeñando, en la organización nacional (...) una **funzione piemontesa**, aunque, en rigor, ella va siendo transferida a y es finalmente cumplida por el Estado nacional. Ella implica, además, un proceso de desarrollo y unificación capitalista *desde arriba*”.<sup>2</sup>

En esta última etapa ya sancionada la Constitución se procede a la creación de los aparatos de funcionamiento estatal; distingue el aparato gubernativo que comprende los organismos ejecutivo y legislativo, nacional, provinciales y municipales; el aparato administrativo: burocracia, recursos fiscales, sistema escolar, salud pública y el sistema de transportes y comunicaciones; el aparato judicial federal: Suprema Corte de Justicia, el Código de Comercio (1862) y el Código Civil (1871); por último el aparato represivo: formación del ejército nacional y policías provinciales, con la creación del Colegio Militar (1869) y la Escuela Naval Militar (1872). También con la mediación del Estado, la introducción de los capitales extranjeros aceleró el proceso de formación capitalista y la incorporación de la Argentina al mercado mundial en condición de país productor de materias primas y alimentos, es decir que esta burguesía agraria a través del control del Estado promovió la dependencia económica, tecnológica y financiera hacia el capitalismo europeo.

Ahora bien, a los efectos de mostrar la relevancia del enfoque gramsciano incluso plantea el autor la interpretación de las clases subalternas para poder analizar de esta forma la totalidad del proceso de unificación nacional. En la construcción de la sociedad civil también indica que la movilización de las clases subalternas fue diferente según las regiones señalando que se puede percibir con el estudio de las montoneras. Por ejemplo, entre las orientales acaudilladas por

---

<sup>2</sup> Ibid., subrayado por el autor, p. 68. Ver también en artículo “¿Conviene o no conviene invocar al genio de la lámpara?”, Recuperado en <http://www.catedras.fsoc.uba.ar/udishal>, p. 11 (24/08/2003). El Estado adopta el papel de partido político.

Artigas y las riojanas por Quiroga; tampoco hay objetivos similares entre Quiroga y Peñaloza. Mientras que en el Litoral se persigue la adaptación a la incorporación capitalista, en las de Interior se expresa una resistencia a tal penetración. Estas pinceladas permiten mostrar las contradicciones que aparecieron en el seno de los grupos herederos del poder con la expulsión de los españoles en el proceso de independencia, de manera tal que entorpece la unificación y organización nacional estatal (Ansaldi, 1989: 69).

Por eso el autor señala que las clases subalternas carecen de proyectos y políticas autónomos, aconsejando que para su estudio una de las formas para resolver estas escaseces de investigaciones y documentación es la de remitirse a los estudios locales, provinciales o regionales. Y en esa larga transición, en el proceso de reestructuración de las clases subalternas debe tomarse en cuenta el impacto del flujo migratorio que desde mediados del siglo, pero más que nada a partir de la Ley Avellaneda dará la posibilidad de conformar tres clases nuevas, la clase obrera, las clases medias urbanas y los chacareros. Clases que no se cristalizaron porque la sociedad estaba en un proceso acelerado de transformación, dificultando así la consolidación de los mismos en una oposición a los grupos dominantes. Nos indica el autor que predominó en ellas un grado de conciencia política colectiva económico-corporativa, es decir, el más básico y elemental vínculo que remite específicamente a su conformación en base a la exclusiva actividad laboral. La debilidad estructural de las mismas para actuar conjuntamente muestra la forma de gobierno con un específico contenido oligárquico que controla el sistema electoral en base a prácticas políticas que fueron cuestionadas por rebeliones y revoluciones, las que dieron su fruto recién a comienzos del siglo XX (Ansaldi, 1989:70).

Llegados a este punto, realizada esta pequeña síntesis de la visión de Ansaldi, se pueden incorporar las categorías al proceso que arranca hacia principios del siglo XIX y se consolida hegemónicamente de manera definitiva luego de 1880. La construcción del Estado-nación argentino como revolución pasiva merece también una explicación.

Se debe partir de la base que en el caso rioplatense el experimento revolucionario jacobino, representado por un grupo de intelectuales, algunos de ellos ligados como funcionarios al viejo aparato estatal colonial, no logró sobrevivir al primer lustro del proceso de independencia. Las proclamas y los proyectos de Moreno, Belgrano, Castelli y Monteagudo -entre otros- no pudieron consolidarse en la formación de una clase que pudiera desarrollar autónomamente el proceso de construcción de una nacionalidad basada en las clases productoras más avanzadas de la época (Belgrano y las teorías fisiocráticas) y serán sustituidas momentáneamente por hombres con funciones en el ejército que buscaron apoyos económicos entre los grupos propietarios de diversas actividades que no los conforman en una clase social, al que hay que agregarle el aislamiento regional y/o provincial. Más bien fue la actividad de los comerciantes (adherentes al

libre comercio y a la economía británica en expansión) y de los hacendados de Buenos Aires quienes jugaron un rol principal en el proceso de la independencia. Por ende, encontramos desde el principio que quien corta los lazos coloniales sigue vinculado al mundo exterior y en una dependencia que va a dificultar un desarrollo autónomo.

Por estos motivos Waldo Ansaldi explica el largo proceso de conformación del Estado nacional como *revolución pasiva*. No son las clases productoras autóctonas, ni las masas autónomas, ni los sectores populares quienes lo comandan, sino el grupo de comerciantes porteños los que fueron realizando, a lo largo de diferentes nudos históricos, alianzas con algunos de los grupos dominantes locales (regionales o provinciales). Explica que en el largo ciclo fueron articulando con hacendados y productores en el origen de la acumulación capitalista de las provincias de Mendoza y Tucumán, lo que les permitió consolidar lentamente un proceso de integración en base a estos acuerdos. A su vez da cuenta de la ausencia en la Confederación de un Partido de Acción, como sí se desarrolló en la península itálica. Esta diferencia no es menor a la hora de la comparación. Para el caso italiano, Gramsci señala que:

“...al Partido de Acción le faltó directamente un programa concreto de gobierno. Fue en sustancia, más que nada, un organismo de agitación y propaganda al servicio de los moderados. Las disidencias y los conflictos internos del Partido de Acción (...) estuvieron determinados por la inexistencia de una firme dirección política.” (Gramsci, 1974: 100).

Resulta difícil asimilar las montoneras a este Partido de Acción, ya que aquellas plantearon una acción defensiva, mientras que este proponía la unificación centralizada de Italia. Y si bien puede pensarse que Buenos Aires cumplió la “función piamontesa” de unificación, en la que cedió -cuando percibió los beneficios económicos de concentrar la salida de los productos por el puerto de Buenos Aires y a través del trazado del sistema ferroviario- parte de la ganancia de la renta aduanera. No resulta tampoco fácilmente adaptable la noción de *transformismo* porque la alianza con los poderes locales no representa el pasaje de posiciones radicales a moderadas, al contrario, estos no logran impulsar un proyecto alternativo a pesar de los intentos urquicistas entre 1853 y 1862. Por lo cual la ausencia del partido jacobino no permite sostener el transformismo molecular, como sí sucedió en Italia; y deja poco espacio para que se pueda pensar un pasaje desde líderes que discursivamente alentaban ir más allá de lo que su representación de clase le podía permitir. Este condicionamiento no resulta menor a la hora de plantear esta práctica, no había nada en el bando de los sectores populares que pudiera llevar a cabo un proyecto antitético.

A su vez los intelectuales, esos hombres de acción que combatieron al rosismo, que contribuyeron a forjar el Estado-nación, terminaron subordinados a los dictados de la generación del '80. Esta, que sacó provecho de tal dependencia económica y de su independencia política, en una trama de intereses que pudo entrelazar en la integración nacional, subordinó a esos intelectuales orgánicos, porque como bien indicó Gramsci:

“no existe una clase independiente de intelectuales, sino que todo grupo social tiene su propio sector intelectual o tiende a formarlo, pero los intelectuales de la clase históricamente [...] progresiva, en condiciones dadas, ejercitan un poder tal que termina, en último análisis, subordinando a los intelectuales de los otros grupos sociales y creando, por ende, un sistema de solidaridad entre todos los intelectuales con vínculos de orden psicológicos (vanidad, etc.) y, a menudo, de casta (técnico-jurídico, corporativo, etc.)” (Gramsci, 1974:98).

Se resuelven así las dificultades en esas correlaciones de fuerzas, donde lo externo -como partido- tiene mayor predicamento que lo interno, como queda expresado en ese contraste entre civilización y barbarie. No había en ese marco un proyecto político alternativo según las fuerzas en presencia.

Ansaldi abona la interpretación de la simultaneidad del proceso italiano y argentino, señalando que en el análisis de situaciones y en los nudos históricos es posible comprenderlo. No menciona la formación de *cesarismo* alguno, como sí se dio en la Europa de la época, lo cual permite señalar su autonomía conceptual, pero sí indica la aparición de un *bloque histórico* conformado por esta burguesía que se fue creando por obra del Estado que la ordena y la disciplina. A su vez limita la capacidad de acción de las clases subalternas con leyes represivas, que en caso de gran conflictividad social se utilizan, hasta que la fortaleza del bloque comienza a resquebrajarse y a su dominación le aparece un competidor con un proyecto más inclusivo en lo político, pero más débil desde el punto de vista de la competencia para su inserción en la economía mundial.

Así puede verse el aporte que Ansaldi realiza a la interpretación de la organización nacional con parte del instrumental teórico de Gramsci. Para poder cotejar y continuar con esta lectura, a continuación se dará lugar a la revisión de la clásica obra de Murmis y Portantiero para visualizar sus observaciones a la luz de la categoría de *revolución pasiva*.

### **Crisis de 1930 y los orígenes del peronismo**

La continuación temática y los nudos históricos que vienen acumulando contradicciones se extienden al siglo XX, este hecho permite realizar el vínculo entre ambos textos, a pesar de la separación temporal entre uno y otro. Se puede percibir, en un diferente contexto de producción, una línea de continuidad entre la historia argentina y las categorías de análisis, porque esta perspectiva da cuenta del valor interpretativo de las mismas. Así se pueden analizar el año 1929 y el golpe de 1930 como una crisis orgánica, de hegemonía y de dominación liberal. Si bien la Gran Guerra ya había generado determinados quiebres en este orden los resultados más contundentes de la debilidad estructural aparecen en el marco del crack de 1929.

La percepción del proceso llevó a un experimento de tipo corporativo que no logró consolidarse y también a una revisión de todas las formas organizativas que se experimentaron en la coyuntura y que sirvieron, en algunos casos, para tratar de aplicar dicho modelo. Por ello, en la Argentina se tuvo que reconfigurar el conjunto de las relaciones políticas, económicas y culturales porque la profundidad de las transformaciones ocurridas en ese período así lo anunciaba. La crisis orgánica que Gramsci pudo intuir y bosquejar planteaba una nueva forma de salida, no sólo económicamente sino también desde el punto de vista de la lucha política. Revolución pasiva, americanismo y fordismo, guerra de posición y cesarismo como categorías le permitieron explicar los motivos por qué el capitalismo no había caído catastróficamente y con ellas reinterpretó la historia de “Occidente”, enmarcándola dentro de la compleja modernidad de la sociedad de masas que permitió la apertura al consumo para las clases subalternas como proyecto progresivo, tomando la delantera como contrarrevolución preventiva.

Dentro de la tradición marxista las lecturas catastrofistas aparecieron ya en la época de la II Internacional, con los efectos ejercidos por el positivismo en el corpus teórico; luego, en la URSS durante los años en que la NEP -Nueva Política Económica, 1921/29- tuvo su desarrollo, la puja en el seno del PCUS -Partido Comunista soviético- llevó a evaluar en algunos casos los procesos sociales bastante a la ligera y con un entusiasmo hacia la pronta caída del capitalismo, casi por obra de un determinismo económico. La resistencia y elasticidad mostrada por el sistema llevó a Gramsci a revisar las teorías catastrofistas y a evaluar los motivos por los que no se había producido la revolución en Italia y por qué la crisis no resquebrajó las estructuras del mundo capitalista.

En ese contexto los aportes de los *Cuadernos* intentaron dar una pista sobre su pervivencia y buscar una explicación racional a este fenómeno que no estaba lo suficientemente claro. Si las experiencias más cercanas a Gramsci fueron los fascismos, resulta alentadora su preocupación analítica sobre el americanismo, encontrando en él una veta de progresividad y una de las formas posibles de la revolución pasiva, además de una estructura cesarista que pudiera

desarrollar ese sentido. No había solamente dos alternativas, podía realizarse también una forma intermedia, ecléctica, entre revolución y reacción que incluyera parte de las demandas de las clases subalternas. Estas intuiciones muestran un grado de agudeza aún cuando las dificultades que tuvo Gramsci en la cárcel no le permitieran tener un mayor conocimiento de las publicaciones de los partidos comunistas. Por eso estas intuiciones se registraron en los trazos fragmentados de los *Cuadernos* y a partir de las lecturas de revistas católicas o fascistas que le autorizaban a consultar.

Ahora bien, para empezar a abordar el tema de la Argentina de la entreguerra, volver a revisar la producción de los sociólogos gramscianos puede ser una pieza clave para comprender sus análisis: ¿cuáles fueron los temas que preocuparon a Murmis y Portantiero a finales de los años ‘60? ¿Qué interpretaciones ponían en debate y cuáles eran los objetivos? ¿Qué impacto político pretendía tener esta nueva interpretación? En su clásico libro -cuyo momento de producción concuerda con el impacto de las teorías desarrollistas aplicadas en América latina- en el que las ciencias sociales aportaron su impronta, pusieron en discusión muchas de las interpretaciones previas (Murmis y Portantiero, 1972). Y llevaron a cabo batallas en varios sentidos diferentes contra las teorías más relevantes en sociología.

Particularmente hay dos ejes sobre los que se revisaron el pasado, el primero fue rastrear los proyectos que se pusieron en marcha luego del golpe de 1930, analizando el papel de las clases dominantes con la propuesta de estrategias de salida de la crisis, y comprender si incluían o no a la burguesía industrial, es decir, si buscaban integrar a las diferentes expresiones de las actividades económicas en el marco de una alianza que se constituyera en un *bloque de poder*. La segunda parte (que en realidad es otro artículo) aborda el estudio sobre las formas autónomas de organización del movimiento obrero; este les va a permitir comprender que las mismas se mantuvieron en el momento en que el peronismo gana las elecciones con el apoyo sindical, esto es, la clase obrera (o mejor dicho, el movimiento obrero) prestó realmente la estructura organizativa para que el proyecto justicialista se consolide luego como fuerza política.

El estudio rastrea los proyectos que desde el Estado se pusieron en marcha durante los años ‘30 como una forma de resolver la cuestión de la dependencia económica no sólo del país sino también de la clase dominante, es decir, la burguesía agraria pampeana y los ganaderos dependientes de los frigoríficos extranjeros para realizar sus negocios. Luego del Pacto Roca-Runciman, los funcionarios e intelectuales militantes (como Pinedo) que tomaron las riendas de algunos Ministerios, se propusieron modificar el esquema vigente de acumulación para incorporar a fracciones de la burguesía industrial en el armado de un nuevo plan económico y de una estrategia de corto plazo, que *a posteriori* se hizo permanente a través de una industria sustitutiva de importaciones. Confluye finalmente en la intención de un tipo de proyecto

industrialista cuya producción local tuviera salida hacia los países de América del Sur, como intentó el Plan Pinedo, el cual no logró terminar de conformarse. Esta situación muestra lo que los autores señalan como bloque de poder, la manera autónoma que consigue la clase dominante en un marco mundial de aflojamiento de la dominación externa, producida tanto porque la crisis retrajo a los países imperialistas a resolver internamente sus desajustes económicos, como porque la larga guerra debilitó los lazos de una economía controlada por potencias en decadencia (Gran Bretaña). Con ese margen de maniobra se intentó desarrollar un proyecto industrial aun cuando no se propusiera cortar totalmente con los lazos de dependencia con las economías centrales.

A su vez, según los autores, se hizo necesario abordar las posiciones de fuerza de las clases subalternas. El predominio de la interpretación sociológica de Germani en el ámbito académico durante los años '60, que analizaba al Peronismo como una variante latinoamericana de fascismo que, además, recibió el apoyo de una nueva clase obrera formada por migrantes de las provincias pobres (sin consciencia), necesitaba ser revisada al calor de una coyuntura política en la que dicha clase daba muestra de una dinámica propia ante la ausencia -por proscripción- del liderazgo del partido peronista. A ello había que agregarle la lectura e interpretación bonapartista del peronismo realizada por Milcíades Peña como una alianza policlasista (Tarcus, 2016: 28-32). Las publicaciones de este autor cumplieron un rol central en el debate de la izquierda, poniendo en tensión las tradicionales interpretaciones de la denominada izquierda tradicional, como las que estaba realizando también la nueva izquierda.

Focalizando de manera sintética en estas dos interpretaciones como representaciones bien delimitadas en las compulsas de aquellos años es que Murmis y Portantiero -con el respaldo académico y profesional del Instituto Di Tella- realizaron este segundo artículo, para analizar el otro componente clasista de la realidad argentina. La participación en la primera etapa de los Cuadernos de Pasado y Presente, a Portantiero le sirvió de guía para buscar una interpretación diferente con la apoyatura de una renovación de los estudios marxistas en base a las lecturas de Gramsci, Althusser y Poulantzas. Emprender una investigación cualitativa sobre la clase obrera, con información estadística, contribuyó a mostrar este fenómeno migratorio, aunque este simple hecho no alcanzaba para explicarlo en su totalidad, ni las condiciones materiales de las provincias expulsoras, ni la inserción sin más como trabajadores industriales no permitía suponer que existiera un contraste entre la vieja y la nueva clase obrera. Se midieron las tasas de sindicalización, los nuevos emprendimientos industriales, incluso se analizaron las fuerzas políticas detrás de las organizaciones sindicales. Porque la hipótesis que van a sostener los autores es que el sindicalismo organizado fue el que permitió la conformación del movimiento y la consolidación política peronista.

La revisión bibliográfica e historiográfica les permitió comprender que esa autonomía fue lo que caracterizó a la clase obrera organizada y que la separación entre vieja clase obrera y nueva no tuvo un papel destacado a la hora de dar origen al Peronismo. Las categorías sociológicas usadas por estos autores remiten a enfoques estructurales, tamizados por lecturas althusserianas y poulantzianas, siendo estas de mayor relevancia que los aportes en términos gramscianos más puros. Tal tamiz muestra, grosso modo, que las hipótesis planteadas se orientaban más bien hacia *posiciones de clase y bloques de poder* que a la caracterización del peronismo -en su imposición y consolidación a lo largo de una década- como un proyecto que trascendía la mera coyuntura de posguerra. No obstante, el libro se ha convertido en una de las lecturas clásicas a la hora de buscar explicaciones académicas.

La noción de populismo planteada en el libro no tiene un despliegue teórico específico, aunque los autores lo asocian tanto a movimientos nacional-populares -en la terminología gramsciana- como a movimientos obreros de orientaciones reformistas impregnados de tendencias defensivas y autonómicas frente a élites políticas de diferente origen social, como expresión de países dependientes y/o periféricos (Murmis y Portantiero, 1972: 59). La intención es comparar experiencias de populismos latinoamericanos que se analizaron en el contexto, repensando el rasgo autoritario característico tanto del peronismo como del varguismo al calor de la lucha política de los años '60. Si bien los autores lo asocian con el análisis clásico de tipo germaniano, a lo largo del texto mantienen el concepto, sin proponer un cambio de visión que potencie la caracterización del fenómeno peronista. Resulta extraño que Horacio González, en su intercambio político metodológico, señale que se plantea al peronismo como *cesarismo progresivo* en un remozamiento del concepto más clásico de *bonapartismo* de la tradición marxista (González, 1972). En ninguno de los artículos los autores recurren al uso de estos conceptos.

Por lo cual, en el libro no se percibe un uso total y absoluto de las categorías políticas elaboradas por Gramsci en la cárcel. Una mirada más atenta y detallada muestra incluso que tras ese análisis empírico puede comprenderse aquello que se ha dado en llamar la *crisis de la dominación liberal* y justamente eso abrió un período de la historia argentina que no escapó a los procesos que se estaban llevando a cabo a escala mundial. Sin embargo, cuando analizan la posibilidad de la alianza de clases antagónicas en el contexto de la guerra mundial, los autores señalan un sindicalismo activo, una clase obrera en ascenso y una burguesía industrial dependiente de la burguesía agraria, lo que significaba la dificultad de maniobra para poder llevar adelante un proyecto de manera autónoma. Por eso, entre los potenciales peligros de una posguerra con una creciente presencia del comunismo en la clase obrera, en una coyuntura de posible desocupación y una clara debilidad del sector industrial para comandar el proceso, sí se

logró la participación del ejército, no como aparato represivo, como era dable esperar, sino como sustituto de la clase industrialista.

La “apropiación” del poder con el golpe de 1943, vino a reemplazar a la ausencia de un partido industrial autónomo; esa, en términos gramscianos, sería la posibilidad de que el Estado se convirtiera en el partido de los industriales. Ahora bien, en una coyuntura tan compleja de un país dependiente la población trabajadora que en cierta medida apoyaba el esfuerzo bélico de los Aliados, podía caer en el paro forzoso. No había demasiadas alternativas y una de ellas fue fortalecer el mercado interno en un doble perfil, una industria que colocara en él su producción y una clase obrera que podía recibir parte de la plusvalía y convertirse también en consumidora, es decir en una ciudadanía social bien delimitada. De ello surgió como resultado esa alianza momentánea entre burguesía industrial, clase obrera y ejército, completando así la armadura del proyecto de posguerra. Un Estado que pudo cumplir el rol de organizador de la sociedad civil y ejerció la hegemonía de la burguesía industrial en un nuevo bloque histórico, como proceso de modernización en un país dependiente de las potencias imperialistas. Lo que muestra que este margen de maniobra daba cuenta del grado de autonomía que contó en un contexto inmediato de posguerra -medida coyuntural en esas correlaciones de fuerza-.

Vale realizar algunas aclaraciones respecto a las fuerzas en presencia y en este sentido es necesario indicar cuáles fueron los cambios en las formas de acción política de la clase obrera y los comportamientos que permitieron explicar la posibilidad de esta alianza cuya duración abarcó los dos primeros gobiernos peronistas<sup>3</sup>. Una temporalidad basada en la larga duración puede servir de ayuda para explicar procesos que superan momentos históricos específicos; vale decir que ciertas prácticas sociales trascienden etapas homogéneas y se convierten en herramientas que permiten la comprensión de hechos puntuales. A la manera de Gramsci, resulta necesario diferenciar e interpretar los hechos orgánicos o estructurales de los ocasionales o coyunturales, aun cuando en la larga duración se haga necesario poder articular ambos para conseguir visualizar el fenómeno en su movimiento histórico. A los fines de poder ver la desarticulación y rearticulación del bloque histórico se hará mención del comportamiento tanto de la clase dominante como de las clases subalternas, especialmente de la clase obrera sindicalmente organizada.

Retrotraer en la historia ciertas praxis políticas va a servir a modo de ejemplo. Por un lado, si el radicalismo (1916-1930) había abierto una cuña en la forma de la dominación oligárquica recurriendo a la democratización del poder, esta solamente afectó ciertos aspectos del ordenamiento estatal, sin tocar las bases de sustentación real del poder de la burguesía agraria

---

<sup>3</sup> Se hace la salvedad que el segundo mandato fue interrumpido por el golpe militar de 1955 denominado Revolución libertadora.

ligada al mercado mundial, la burguesía concentrada manejando los resortes del poder del Estado. La misma, por los motivos que fueran, aprovechó la crisis de 1929 para desplazar por medio de un levantamiento militar, en 1930, al gobierno de Hipólito Yrigoyen y abrir así (sin determinar específicamente este proceso) una nueva etapa histórica en la que retomaron el control estatal representando los intereses de las viejas clases dominantes. Las estrategias de dicha dominación fueron puestas en duda, no sólo por los aspectos ligados al fraude, sino también por su cada vez menor inserción en el mercado mundial con autonomía en esa toma de decisiones. Los momentos de innovación política se desarrollaron a lo largo de la década y a su vez esto les permitió probar estrategias de reorganización económica basadas en la industria sustitutiva de importaciones y en la articulación de un bloque histórico formado por la inclusión de la burguesía agraria y la industrial con una hegemonía centrada en el mercado mundial.

También esta crisis expresaba la existencia de un modo de dominación específico y los experimentos europeos y de otras latitudes fueron seguidos por muchos diplomáticos e intelectuales con gran interés. Así, el mismo liberalismo político estaba siendo cuestionado y en ese pregonar en el desierto algunos imaginaban la llegada de un caudillo que encausara la nueva hegemonía en la dirección de cierta tradición hispánica y corporativa. De tal forma que la dominación no veía de modo claro cómo y por qué se podía reconstituir. La imagen de la necesidad de cambios en los mecanismos para organizar el poder y el Estado llevaron a la técnica de ensayo y error mayormente en lo económico. Como lo señalaron correctamente los autores, el aspecto de la diversificación de los negocios en la clase dominante, con la producción rural, el comercio y la inversión industrial que complementara dicho proceso fue enunciado posteriormente por Federico Pinedo.

Por otro lado, hay que señalar que el concepto de *empate hegemónico* que Portantiero aplica a un período posterior, da cuenta de una situación ideológico-política que no logra consolidarse definitivamente.<sup>4</sup> Si bien es viable la idea de la crisis de la dominación liberal que se abre con la guerra y la crisis del '29, la misma parece resolverse bajo la forma de una revolución pasiva con el peronismo, por ello se mantiene abierta y dicho empate da muestra de una situación intermedia. Algo parecido planteó Anderson sobre el proceso de acumulación abierto con la crisis y la lucha social llevada adelante por la clase obrera fordista, sin siquiera señalar que tal noción o explicación parte de la conceptualización gramsciana (Anderson, 1988). Este empate le ha servido para analizar el período posterior, cuando se propusieron políticas de tipo desarrollistas, aun cuando la base material de la estructura industrial se encontraba ya en el peronismo, pero el cambio en la lógica de tal acumulación ya no pasaba por el capital nacional

---

<sup>4</sup> En: (Ansaldi y Moreno, 1989: 59-60)

como eje predominante de la etapa, sino que la inversión del capital multinacional, mayoritariamente norteamericano, vino a generar ese nuevo patrón de acumulación.

Por estos motivos, volviendo al caso argentino, a su vez, se fueron generando nuevas formas de resistencia en el marco de la proscripción del peronismo, lo que indica el grado de autonomía desarrollado por la clase obrera y por la organización sindical. No se ha realizado un análisis en esta dirección, lo que pondría en tensión la validez de tal hipótesis. Más aun comprendiendo que este proceso daba cuenta de los límites del capital y del trabajo en dicha conflictividad. La traducción de este empate, en términos político-ideológicos, era una demostración de la imposibilidad en el intento por consolidar la hegemonía del bloque dominante, aunque también el límite para que la clase obrera y sus aliados pudieran quebrar el dominio capitalista (Ansaldi y Moreno, 1989).

Debe explicarse también que la relevancia del sindicalismo en la construcción del poder y en los orígenes del peronismo se puede apreciar en la larga duración. La disputa entre anarquistas, socialistas y sindicalistas revolucionarios mostraron estas diferencias políticas y algunos buscaron acuerdos con los gobiernos de turno, particularmente los de tinte popular - yrigoyenismo- pueden dar una pista que la reconversión de las funciones sindicales y las mediaciones estatales eran prácticas comunes desde varias décadas anteriores a la llegada del peronismo. Esto permite comprender la forma en que los acuerdos confluyeron en aquella fuerza durante los años '40. Como contrapartida se puede visualizar la capacidad de autonomía propugnada por una fuerza política como el laborismo. A modo de ejemplo y como resistencia al mandato del líder carismático, el encarcelamiento de Cipriano Reyes y la puja política que llevó al desplazamiento de Luis Gay al frente de la CGT -Confederación General del Trabajo-, situaciones descritas por Juan Carlos Torre, fueron una prueba cabal de las formas independientes que el movimiento obrero sostuvo en la alianza estructurada por el peronismo. Por ello, tomando estos dos aspectos, está claro que el armado de la estrategia política peronista tuvo la capacidad para articular con fuerzas que anteriormente tuvieron prácticas de mediación con los gobiernos radicales.

Lo mismo se puede decir sobre el papel económico industrialista del ejército. Desde principios del siglo XX fortaleció la noción de soberanía territorial y puso en práctica varios proyectos que se orientaron en la tarea de desarrollos productivos ante la escasez de inversiones nacionales y extranjeras durante el período de entreguerras. La confluencia de una burguesía industrial necesitada de la tutela del Estado para poder ampliar sus esferas de influencia, de un ejército que como agente del Estado contribuye y fomenta la política industrialista, y de una clase obrera en crecimiento que en la mediación con el poder gubernamental consiguió ampliar beneficios y

cierto reconocimiento, fueron las bases del triángulo que hicieron posible el proyecto denominado populista por los autores o, en el mejor de los casos, nacional-popular.

Resulta indispensable entonces, pensar el proceso del siglo XX en la larga duración, como lo realiza Gramsci en “Análisis de situaciones. Relaciones de fuerzas” (Gramsci, 1981b), ya que en ese artículo se pueden ver las categorías de hegemonía, cesarismo progresivo, revolución pasiva y autonomía estatal. Muchos años después, en el momento de la reflexión sobre la derrota de los proyectos revolucionarios de los años ‘70 y en la revisión del pasado a la luz de la revalorización de la democracia en los años ‘80, Juan Carlos Portantiero indica aquella visión de una Sudamérica como periferia de Occidente, es decir, una situación intermedia entre desarrollo y subdesarrollo<sup>5</sup> porque en este “Occidente” la relación entre sociedad civil y sociedad política, que remite a la hegemonía, algunas instituciones se habían consolidado mostrando una “modernidad periférica”, pasible de ser analizada en términos de revolución pasiva. Vuelve a aparecer de esta manera la necesidad imperiosa por comprender esa conceptualización tan importante que llevó adelante Gramsci en los *Cuadernos*. Si este contribuyó a analizar los procesos latinoamericanos, posiblemente fuera porque existía una similitud entre la Italia de los años 20-30 y la América de los años 60-80, que tanto Portantiero como Nelson Coutinho se encargaron de comprobar, aún cuando el enfoque de ambos autores no fuera coincidente, el hecho se produjo en el marco de la revisión de la historia latinoamericana con los aportes de la filosofía de la praxis gramsciana (Portantiero, 1991; Coutinho, 2015).

Vale la pena, entonces, realizar una serie de señalamientos a modo de cierre que pueden dar cuenta de un uso particular de las herramientas teóricas que Gramsci elaboró sesudamente en su confinamiento carcelario, para ver el dinamismo que ha mostrado entre estos sociólogos argentinos, como en la recuperación de determinados conceptos que continúan siendo operativos, aún cuando el paso del tiempo haya evidenciado que algunas prácticas han dejado de contar con una base de aplicación específica. No obstante, como manifestación del dinamismo alcanzado y de la necesidad de recuperar el tiempo perdido que la catastrófica caída de la URSS representó para las ciencias sociales y el marxismo, conviene hacer un cierre apelando a estas categorías gramscianas que han dado muestra de su valor gnoseológico.

### ***La cuestión de las categorías***

En el marco de las interpretaciones producidas por los tres sociólogos, se puede realizar un ejercicio de lectura comprensiva para dar algunas claves explicativas de las categorías gramscianas y de los intereses para la producción de estos textos. Si bien ya ha sido señalado, en

---

<sup>5</sup> No sólo económico, también político e institucional.

primer lugar hay que indicar la diferente temporalidad de su producción, lo que explicaría el interés específico de los mismos. El libro de Murmis y Portantiero se desarrolló en un contexto de luchas obreras, de combate contra interpretaciones sociológicas canonizadas de fines de los años '60 y comienzos de los '70, las que se enmarcan en un contexto internacional de ascenso de luchas antiimperialistas ante los límites ideológicos y económicos del desarrollismo y de potenciales salidas revolucionarias en América latina. Las explicaciones y las comparaciones de algunos procesos buscaban brindar herramientas para la comprensión de los acontecimientos al calor de los mismos. Como contrapartida, el artículo de Ansaldi aparece en la década de los '80. Su marco de producción fue diferente, la Argentina estaba experimentando un proceso de recuperación del sistema democrático y en el procesamiento de la derrota sufrida por un proyecto emancipador, la explicación sobre ciertas permanencias en nuestra historia llevó a que los y las especialistas rastrearán en el siglo XIX las huellas y las rémoras que dificultaron las posibilidades del cambio social en un sentido progresivo.

Así que las claves explicativas necesitaban nuevas visiones sobre el pasado. Y en ese marco aparecen algunos indicios que pueden dar cuenta de los motivos por los que las ciencias sociales buscaron por caminos históricos diferentes los modos para analizar la realidad con una dinámica cambiante. En principio, para señalar la diferencia entre los siglos XIX y XX es necesario recurrir a la noción de modernidad. La misma se expresa también como proceso complejo que articula de diversas maneras al Estado con la sociedad civil y las instituciones intermedias, siendo importante el elemento de control tanto en un período como en el otro.

El desarrollo de la unificación nacional y la conformación del Estado argentino ocupando buena parte del siglo XIX, en los términos de Ansaldi, mostraron un perfil determinado y una forma de inserción mundial que se mantuvo hasta entrado el siglo XX. Y en esta progresión, luego de la crisis capitalista de 1929, la reflexión gramsciana sobre “americanismo y fordismo”, permitió analizar la apertura de ese ciclo en la lógica de una modernidad periférica, pero no por ello menos compleja. Esta visión puede asociarse a lo que el autor sardo denominó como revolución pasiva con un carácter progresivo, sin necesidad de recurrir a una dictadura abierta, para relanzar la dominación en un nuevo proceso de acumulación de capital sin cambiar la estructura capitalista. A su vez, para divisar en términos de las necesidades argentinas de la coyuntura, se puede sostener que tal proceso de progresividad implicó el intento por frenar, lo más que se pudiera, la dominación que el capital norteamericano estaba comenzando a imponer a nivel mundial. De tal forma que, en todo caso, buscó frenar la subordinación del capital nacional al nuevo mandato triunfante.

Ubicar el surgimiento y consolidación del proyecto peronista en el marco de una crisis orgánica abierta a partir de 1929 y como una respuesta que buscó resolver la crisis de la dominación

liberal a través de un contenido *cesarista progresivo* y por medio de una *revolución pasiva* (o revolución restauración) puede marcar una línea de interpretación que los autores mencionados no propusieron, pero sí asimilable con esta modernidad que abrió el siglo XX, de incorporación y formación de las sociedades de masa y con un proyecto que no es una peculiaridad - *sonderweg*- argentina, sino una traducción a una realidad determinada. Por lo antes expuesto se puede sostener que con el peronismo se gestó un nuevo bloque histórico intentando consolidar la hegemonía industrialista basada en el mercado interno con el apoyo del movimiento obrero. Se supera así la crisis de la dominación liberal. Queda para otra ocasión revisar los límites de esta compleja formación que suponen la descripción y caracterización de *empate hegemónico* realizada por Portantiero (Ansaldi y Moreno, 1989).

No obstante el aporte de estos sociólogos puede invitar a revisar ese pasado, lejano o cercano, con un instrumental conceptual disponible y que sigue manifestando un potencial método explicativo, en un contexto en que se hace cada vez más necesario interpretar los derroteros de nuestra historia, sus cambios y sus permanencias y la recuperación de una utopía que abra nuevos interrogantes y ejes para la construcción de un presente, incorporando de ese pasado aquello que todavía contribuya a imaginar nuestro presente y, por qué no, a crear un nuevo bloque histórico, ante una crisis que se profundiza cada vez más y en la que lo nuevo no termina de concretarse y lo viejo demora en desaparecer, parafraseando al comunista italiano.

### **Bibliografía**

Anderson, P. (1988). Democracia y socialismo. *Fichas temáticas de Cuadernos del Sur 1*, Tierra del Fuego, Buenos Aires.

Ansaldi, W. (1989). Soñar con Rousseau y despertar con Hobbes: una introducción al estudio de la formación del Estado nacional argentino, en Ansaldi, W. – Moreno, J. L. *Estado y sociedad en el pensamiento nacional*. Buenos Aires: Cántaro.

Ansaldi, W. (s/f) ¿Conviene o no conviene invocar al genio de la lámpara?”, en <http://www.catedras.fsoc.uba.ar/udishal>, (24/08/2003).

Antonini, F. (2020). Il vecchio muore e il nuovo non può nascere: cesarismo ed egemonia nel contesto della crisi organica, In *International Gramsci Journal*, 2(1), 2016, 167-184. (Traducción del italiano: Jorge Sgrazutti), en: <http://ro.uow.edu.au/gramsci/vol2/iss1/26>. Material del CEHE.

Burgos, R. (2004). *Los gramscianos argentinos*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Coutinho, C. N. (2015). Gramsci en Brasil, en Cabezas, O. A. (comp.) *Gramsci en las orillas*. Avellaneda: La Cebra.

## Jorge Sgrazzutti

- Facchin, C. (2020). Gramsci, l'Unione sovietica, l'americanismo”, en *Slavia* N° 1 [2001], disponible en <http://slavia.it/au347.htm>. (Traducción del italiano: Jorge Sgrazzutti), Material del CEHE.
- González, H. (1972). Para nosotros, Antonio Gramsci, en *Antonio Gramsci. El Príncipe moderno y la voluntad nacional-popular*, ediciones puentealsina, marzo 1972.
- Gramsci, A. (1974). *El “Risorgimento”*. Buenos Aires: Granica.
- Gramsci, A. (1981a). *Cuadernos de la cárcel*. México: Ediciones Era.
- Gramsci, A.(1981b). *Escritos políticos (1917-1933)*, *Cuadernos de PyP*, N° 54, México.
- Murmis, M. y Portantiero, J. C. (1972). *Estudios sobre los orígenes del peronismo/1*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Pato, C. (2016). Pasado, presente, hegemonía, en *International Gramsci Journal*, Vol. 2.
- Portantiero, J. C. (1989). Economía y política en la crisis Argentina (1958-1973), en Ansaldi, W. - Moreno, J. L. *Estado y sociedad en el pensamiento nacional*. Buenos Aires: Cántaro.
- Portantiero, J. C. (1991). Gramsci en clave latinoamericana, en *Revista Nueva Sociedad*, nro.115 septiembre- octubre.
- Tarcus, H. (2016). La trayectoria de Milcíades Peña, la autonomización de los intelectuales de la nueva izquierda y la experiencia de la revista *FICHAS* (1964-66), en *AMÉRICALEE*. El portal de publicaciones latinoamericanas del siglo XX.

Recepción: 16/06/2020  
Evaluado: 25/09/2020  
Versión Final: 12/10/2020